

**SIGNOS
DE LOS
TIEMPOS**

Vivir la fe y sentir contradicción siendo mujer

Lurdes Casanovas Pera. Laica, miembro de CVX-E y Revuelta de Mujeres - Alcem la Veü. Cardedeu (Barcelona).

Llevo ya unos años en las Comunidades de Vida cristiana CVX. Paralelamente, he participado en grupos de teología de mujeres, buscando cuál era mi malestar en una fe que se movía en mi interior y unas formas y maneras de la Iglesia que no respondían a mi sentir y vivir como mujer. A menudo me pregunto qué dirán las futuras generaciones, las mujeres que con fe se interesen por la iglesia católica y se den cuenta de que no responde a su manera de ser mujer. Pueden preguntarnos: Y tú que lo viste, ¿qué hiciste? Vivir el evangelio también significa cuestionarse cómo somos mujeres en la Iglesia, qué mensajes estamos recibiendo y cuáles nos son contradictorios. ¿Por qué, siendo un espacio importante en nuestras vidas, sencillamente por haber nacido con género femenino, se nos aparta, ignora, reduce o minimiza?

En octubre de 2020, desde las comunidades de CVX repartidas en diversas ciudades de España, decidimos iniciar unos encuentros mensuales en los que compartir nuestro sentir como mujeres en la iglesia y nos propusimos reflexionar sobre

nuestra propia historia de mujeres creyentes y feministas. Al mismo tiempo, queríamos conocer las experiencias que, a nivel profesional, algunas mujeres de las Comunidades de Vida cristiana llevaban a cabo con mujeres víctimas de violencia de género, prostitución y trata. Empezamos a participar en los seminarios de formación que ofrecía la ATE (Asociación de Teólogas de España), que llevó a cuestionarnos puntos de vista que luego comentábamos en nuestras reuniones. Somos conscientes de que ha habido muchas mujeres que han iniciado el camino antes que nosotras y forman parte de este conocimiento del que podemos aprender: Red Miriam, el *Col·lectiu de dones en l'Església*, la ATE.

De ahí surgió la llamada a poner palabras y dar razones para sensibilizar a nuestras compañeras y compañeros de comunidades. Creo que debemos aprender a leer la Biblia y a recuperar a las mujeres, a menudo sin nombre, llenarlas de valor, de reconocimiento. Conocemos la narrativa bíblica mayoritariamente vehiculada a través de los hombres, los patriarcas, reyes, sabios y líderes. Sin embargo, hay mujeres con parcelas de poder, que actúan como juristas, empresarias, predicadoras. Debemos conocerlas y que sirvan de testimonio y conocimiento. Es preciso devolver a las mujeres lo que ya es de ellas revisando los orígenes.

En torno al 8 de marzo, diversos grupos de iglesia y movimientos eclesiales en los que las mujeres también se habían cuestionado la presencia de la mujer en la Iglesia, nos unimos como Revuelta de mujeres y *Alcem la veu*, dando visibilidad, saliendo a la calle, mostrando públicamente el testimonio del malestar que estamos sintiendo muchas. Queremos visibilizar el potencial, la creatividad, el compromiso y la

conciencia de las mujeres creyentes en la sociedad y en los diferentes espacios de la Iglesia. Hay que denunciar el no reconocimiento de la igualdad con los varones, lo que supone no tener acceso a los espacios donde se toman decisiones, no tener acceso a lo que cada una se sienta llamada a ser. Al unirnos, hemos experimentado que somos muchas, que estamos en todo el territorio y por todo el mundo.

El *Catholic Women Council* (CWC) nos invitó a participar del Sínodo de mujeres a nivel mundial y ha sido un estímulo para aportar pensamiento, concreciones y peticiones de las mujeres creyentes al Sínodo que estaba realizando el papa Francisco con los obispos. CWC dinamizó unos talleres en los que, por países y lenguas, se fueron organizando encuentros online. Han sido unos tres años de trabajo, reflexión y sensibilización. La experiencia de los encuentros y lo que se ha reflexionado, madurado y hablado conjuntamente, ha aportado conocimiento común y ha abierto cuestionamientos a muchas mujeres que quizás previamente no habían tenido ocasión de compartir. Como conclusiones, se ha visto la necesidad de recuperar la comunidad de iguales, de dar prioridad al Evangelio como mensaje liberador para mujeres y hombres, de reconocer que la Iglesia no es solo del clero sino de todos los y las bautizadas. También resuena con fuerza la petición de no seguir anclados en estructuras culturales o tradicionales que excluyen a personas. Ha sido un trabajo acompañado y animado por teólogas católicas de diversas nacionalidades.

A nivel eclesial internacional, hay una conciencia de que es necesario abordar el papel de las mujeres en la Iglesia y que hay que actuar decididamente para que se respete su dignidad

y se las incorpore como miembros de pleno derecho. A través del CWC hemos hecho llegar nuestras propuestas al Vaticano, hemos conseguido hacer oír nuestra voz, nuestras inquietudes y necesidades. Grupos como CWC, *Voices of Faith*, *Discerning Deacons*, Maria 2.0, la Revuelta de las Mujeres en la Iglesia – Alcem la Veu y otros, se han ido reforzando y ampliando para alcanzar este objetivo.

Valoro el recorrido que hemos hecho, así como las aportaciones y descubrimientos realizados. Veo con seguridad que hace falta hacer esta tarea, cuestionar y cuestionarnos cómo queremos estar en nuestra Iglesia. Tengo el convencimiento de que la reflexión sobre el papel de las mujeres dentro de la Iglesia y en la propia comunidad, asumiendo una perspectiva de género y desde la teología feminista, es clave. ¿Por qué otras iglesias han avanzado en la igualdad y en la nuestra no se tiene en cuenta este planteamiento? Hace falta que desde las bases propongamos cambios. Tenemos que acostumbrarnos a tener una Iglesia de iguales y colaborativa, donde todos y todas tengan voz y voto. Es necesario trabajar para modificar las liturgias y la interpretación de los textos. Hace falta dar más voz a las mujeres de la Biblia, actualizar el mensaje de lo escrito, de la época y los intereses del momento. Es necesario un ejercicio de discernimiento para ver qué se debe cambiar y qué tiene que perdurar, porque no podemos quedarnos con una Iglesia de museo, sin actualización.

Quiero pensar y tener la esperanza que se va evolucionando. Veo que las comunidades y su entorno inmediato se van sensibilizando y van entendiendo qué es lo que se reivindica. Mientras el proceso sinodal ha estado en marcha, ha quedado claro que la participación

de las mujeres y su presencia en los movimientos, las congregaciones religiosas, las comunidades y las Iglesias, es un tema vital para la Comunidad cristiana.

La Iglesia, además, ha de ser sensible a la realidad que las mujeres viven en estos momentos y ha de actuar firmemente en la mejora de su situación en cuanto a la violencia de género y a situaciones de vulnerabilidad, maltrato y tráfico de mujeres y niñas en el mundo.

Considero que hay aún un largo camino que recorrer y por ello es necesario ablandar aquello que dificulta que las mujeres podamos asumir plenamente nuestro papel en la Iglesia y que seamos reconocidas en igualdad. Para conseguirlo, hace falta compromiso y estímulo para reflexionar, formarse, visualizar, sensibilizar, reivindicar y denunciar. Como dice el papa Francisco, una Iglesia en salida necesita la implicación del conjunto del Pueblo de Dios; los laicos y las laicas no solo colaboran con los ministerios ordenados, sino que son corresponsables de la misión. No puede ser que la Iglesia excluya a las mujeres de los procesos de deliberación y de toma de decisiones. No debemos aceptarlo como normal. A su vez, pedimos que la Teología feminista sea motor de cambio, que llegue a las Facultades, a la formación de seminaristas, que se elimine el lenguaje sexista de la liturgia, de los documentos y de los sermones.

¿Nos atrevemos a mirar de frente nuestra Iglesia y a cuestionarla? ¿O nos sentimos demasiado lejos y optamos por no decir nada? Debemos actuar y ser agentes de cambio en nuestra realidad familiar, eclesial y social. Hace falta que, en cada ciudad, el obispado pueda escuchar las propuestas que le lleguen desde las comunidades y parroquias,

que no tengan miedo de abrir las estructuras y ensayar modelos organizativos y participativos. Hay movimiento en las calles, pero la puerta del obispado sigue cerrada. Debemos entender que ya desde tiempos de Jesús, las mujeres ejercieron liderazgos significativos en la constitución de las primeras comunidades creyentes y en la evangelización misionera. Jesús las trataba como iguales. Entiendo que igual de sagrada sopla la *Ruah* para las mujeres como para los hombres.

El feminismo no es una moda de estos tiempos, no pasará ni debe pasar mientras, de palabra y hechos, no se reconozca dentro de la Iglesia católica. Es urgente dar al mundo una mejor imagen de la Iglesia católica, un saber situarse y reconocer a las mujeres lo que desde un inicio se vivió en igualdad y colaboración entre todas y todos los bautizados. Es una revolución, una urgencia, una necesidad, "hasta que la igualdad sea costumbre", como reivindica el lema de Revuelta de Mujeres-Alcem la veu.